



LAS ISLAS



La primera señal de que habían llegado a tierra fue para Colón una “como candelilla” que creyó ver —no estaba seguro— en la oscuridad. A sus compañeros no les parecía suficiente, pero él sentía que estaba cerca y ordenó que recogieran las velas para que el viento no los moviera durante la noche —de muchas islas se decía que habían sido entrevistas y perdidas en las tinieblas—. Cuando desembarcó, en una de las Bahamas, creyó que ya había cruzado el mundo y estaba a las puertas del Lejano Oriente. Con razón, después de más de dos meses de viaje, llamó San Salvador a ese lugar, que para los nativos era Guanahani. En los días siguientes, en busca de oro, perlas y especias recorrió varios islotes poblados, como todo ese archipiélago, por los lucayos o taínos. El 6 de diciembre llegó a una isla que llamó La Española, donde estableció la primera colonia europea en América.—

Y porque la carabela *Pinta* era más velera [más ligera] e iba delante del Almirante [a bordo de la *Santa María*], halló tierra e hizo las señas que el Almirante había mandado. Esta tierra vio primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana. El Almirante, a las diez de la noche, había visto lumbre; aunque fue cosa tan cerrada [tan dudosa] que no quiso afirmar que fuese tierra. Después que el Almirante lo dijo se vio una vez o dos, y era como una candelilla de cera que se alzaba, lo cual a pocos pareció ser

indicio [señal] de tierra. Pero el Almirante tuvo por cierto estar junto a la tierra. Por lo cual, cuando dijeron la Salve, que la acostumbran decir e cantar los marineros, les rogó que hiciesen buena guardia y mirasen bien por la tierra, y que al que le dijese primero que veía tierra le daría un jubón de seda, además de las otras recompensas que los reyes habían prometido, que eran 10,000 maravedís a quien primero la viese.¹

A las dos horas después de medianoche apareció la tierra, de la cual estarían a dos leguas [unos once kilómetros]. Amañaron todas las velas y se pusieron a la corda hasta que llegaron a una isleta de los lucayos, que se llamaba en lengua de indios Guanahani. [Fernández de Navarrete, pp. 17-18.]

Recibieron oro, plumas, piedras, mantas, preciosos papeles goteados de hule porque los nativos creyeron que eran dioses. Lo que ellos querían era rescatar, cambiar las baratijas que llevaban –pedazos de vidrio, tazas quebradas, cascabeles– por objetos preciosos. Una casa extraña y hermosa dejó sin palabras al Almirante.

Toda esta noche y hoy estuve aguardando si el rey de aquí u otras personas traerían oro, y vinieron muchos de esta gente, semejantes a los otros de las otras islas, así desnudos y así pintados, unos de blanco, otros de colorado, otros de prieto, y así de muchas maneras. Traían dardos y ovillos de algodón, que cambiaban con algunos marineros por pedazos de vidrio, de tazas quebradas y de platos de barro.

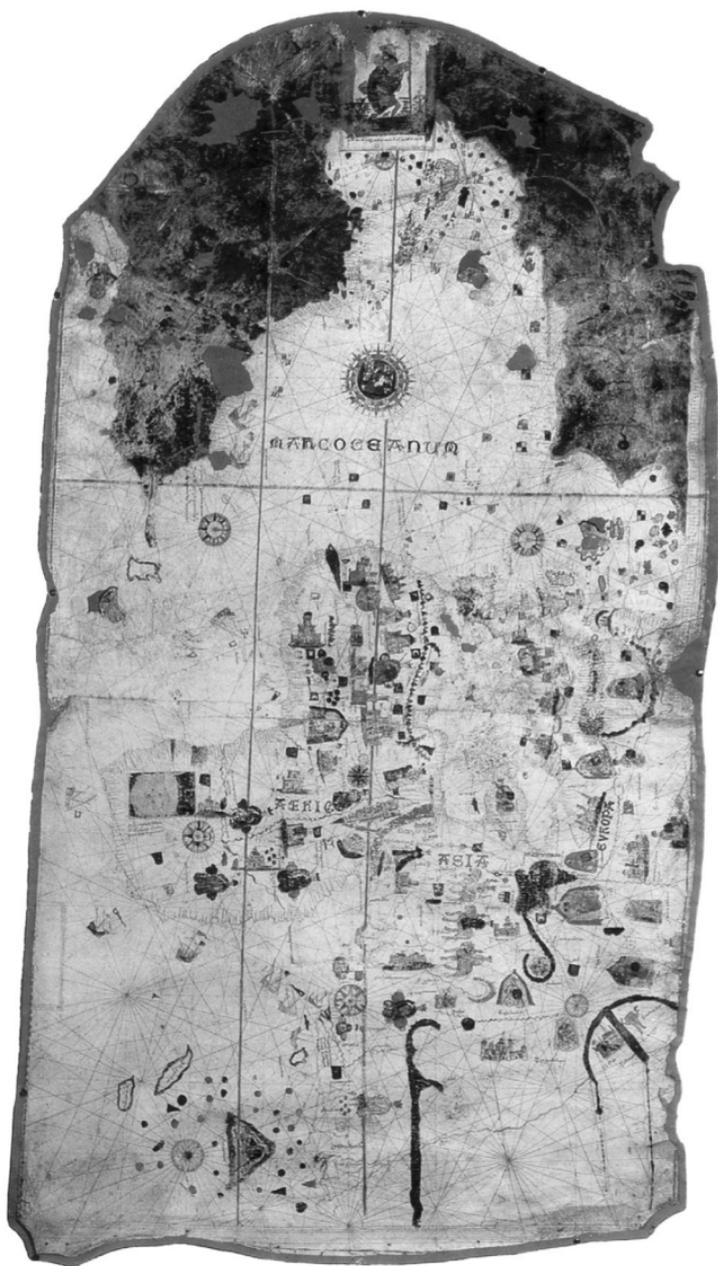
¹ Al parecer, Colón alegó que había sido él quien primero vio tierra, por las luces de la noche anterior, y los diez mil maravedís fueron a dar a su bolsillo. Un *maravedí* valía dos *blancas*; 34 maravedís valían un *real*, y 375, un *ducado*.

Algunos de ellos traían unos pedazos de oro colgando de la nariz, y de buena gana lo daban por un cascabel y por cuentecillas de vidrio. Tenían a maravilla nuestra venida, y creían que éramos venidos del cielo. [Colón, 22 de octubre de 1492. Fernández de Navarrete, p. 34]

Mostró el Almirante a unos indios de allí canela y pimienta, de la que llevaba de Castilla para muestra, y dizque las conocían y dijeron por señas que cerca de allí había mucho de aquello, camino al sureste. Les mostró oro y perlas, y respondieron ciertos viejos que en un lugar que llamaban Bohío había infinito, y que lo traían al cuello y a las orejas y a los brazos y a las piernas, y también perlas. Entendió más: que decían que había naos [naves] grandes y mercaderías, y todo esto era hacia el sureste. Entendió también que lejos de allí había hombres de un ojo, y otros con hocicos de perros, que comían a los hombres, y que en tomando uno lo degollaban y le bebían su sangre y le cortaban su natura [los genitales]. [Fernández de Navarrete, p. 44.]

Vi una casa hermosa, no muy grande, y de dos puertas, porque así son todas, y entré en ella y vi una obra maravillosa, como habitaciones hechas por una cierta manera que no lo sabría decir, y colgados al techo caracoles y otras cosas. Yo pensé que era templo. [Colón, 3 de diciembre de 1492. Fernández de Navarrete, p. 68.]

En el Nuevo Mundo los antiguos mitos de Europa tenían la oportunidad de hacerse realidad: las amazonas –mujeres guerreras que no admitían hombres entre ellas–, monstruos diversos, las sirenas...



Carta geográfica trazada en 1500 por Juan de la Cosa.

Le dijeron los indios que en aquella dirección hallaría la isla de Matinino, que dizque era poblada de mujeres sin hombres, lo cual el Almirante mucho quisiera, por llevar dizque a los reyes cinco o seis de ellas. Pero dudaba que los indios supiesen bien la derrota [el curso para llegar] y él no se podía detener, por el peligro del agua que cogían las carabelas, mas dizque era cierto que las había, y que en cierto tiempo del año venían los hombres a ellas de la dicha isla de Carib, que dizque estaba de ellas a diez o doce leguas [1 legua = 5.5 km]. Y si parían un niño, lo enviaban a la isla de los hombres, y si era una niña, la dejaban con ellas. [Fernández de Navarrete, p. 122.]

Ya dije cómo yo había andado 107 leguas por la costa de la mar, por la isla Juana [Cuba], según lo cual puedo decir que esta isla es mayor que Inglaterra y Escocia juntas,² porque más allá de estas 107 leguas me quedan de la parte de poniente dos provincias que yo no he andado, la una de las cuales llaman Cibau, adonde nace la gente con cola. En estas islas hasta aquí no he hallado hombres mostrudos [monstruosos], como muchos pensaban; mas antes [por el contrario] es toda la gente de muy lindo acatamiento [de buen trato], ni son negros como en Guinea. Así que de monstruos no he hallado ni noticia, salvo de una isla que está aquí, en la entrada de las Indias, poblada por una gente que tienen en todas las islas por muy feroces, los cuales comen carne viva. [Colón, en una carta a Luis de Santángel. Fernández de Navarrete, pp. 151-152.]

² Colón exagera: Inglaterra y Escocia juntas miden 203,395 km²; Cuba, la mitad: 110,922 km². Isla Juana en honor de Juana, hija de los Reyes Católicos; sería reina de Castilla, Juana *la Loca*, y madre de Carlos I.

El día pasado, cuando el Almirante iba al río del Oro, dijo que vio tres sirenas que salieron bien alto de la mar. Pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara. Dijo también que otras veces vio algunas en Guinea [África], en la costa de Manegüeta. [Colón, citado por Durand, p. 27.]

Se decía que en las zonas demasiado frías o calurosas nadie podía vivir. Pero los europeos fueron hallando que todo el mundo estaba habitado. Francisco López de Gómara lo dice apoyándose en la autoridad de los sabios antiguos. Gómara nunca pisó el Nuevo Mundo, pero fue capellán de Cortés cuando el conquistador regresó a España (1540), y escribió varias obras sobre las Indias. No falta fantasía en sus informaciones. Los hiperbóreos habitan las regiones cercanas al Polo Norte, donde hay medio año de sol y medio de penumbra.

El primero que afirmó ser habitable la tierra de esa parte fue Parménides, según cuenta Plutarco. Solino pone los hiperbóreos donde un día dura medio año y una noche otro medio, viviendo muy sanos, y tanto tiempo que, hartos de mucho vivir, se matan ellos mismos. También dice cómo los arinfeos, que moran en aquellas partes, andan sin cabello ni caperuza. Ablavio, historiador godo, dice cómo los adogitas, que tienen día de cuarenta días nuestros y noche de cuarenta noches, viven sin morir de frío. Que la tórrida zona está poblada y se puede morar, muchos lo dijeron. No creó el Señor, dice Isaías, la tierra en balde ni en vacío, sino para que se more y pueble. Y Zacarías dice al principio de su profecía que anduvieron la tierra, y toda ella estaba poblada. No puede creerse que la mar esté llena

de peces en todas las orillas, lo mismo frías que calientes, y que la tierra esté sin hombres en las zonas que parecen destempladas. No hay tierra despoblada por mucho calor ni por mucho frío, sino por falta de agua y pan. [López de Gómara, t. I, pp. 14-16.]

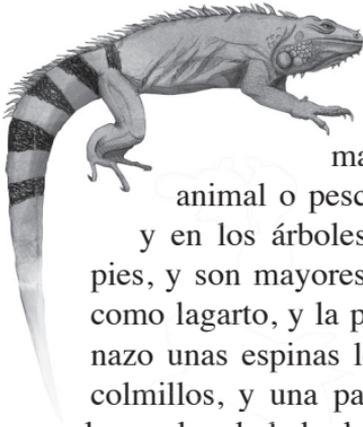
Dios había creado los animales, las plantas, los seres humanos, y el Diluvio había acabado con todos, excepto quienes iban en el Arca. ¿Cómo podía haber, del otro lado del mar, hombres, animales y plantas diferentes a los que ellos conocían? Para José de Acosta, quien creía en la Biblia línea por línea, pero era amigo de la razón, la naturaleza del Nuevo Mundo planteaba problemas graves. ¿Había creado Dios animales diferentes de uno y otro lado del mar? Acosta se acerca a la conclusión a que llegó Darwin en el siglo XIX: la creación no es algo terminado; es algo que sigue cambiando, que evoluciona. Acosta era jesuita; viajó al Perú en 1571, cuando tenía 32 años. De regreso a España, quince años después, pasó dos en México.

Y pues por una parte sabemos que hace muchos siglos que hay hombres en estas partes, y por otra no podemos negar lo que la Divina Escritura claramente enseña, de proceder todos los hombres de un primer hombre, quedamos sin duda obligados a confesar que pasaron acá los hombres de allá de Europa o de Asia o de África, pero el cómo y por qué camino, todavía lo inquirimos [averiguamos] y deseamos saber. Ciertamente no puede pensarse que hubo otra Arca de Noé en que llegasen hombres a Indias, ni mucho menos que algún ángel trajese colgados por el cabello, como al profeta Abacuc, a los primeros pobladores de este mundo. Porque no se trata de lo que pudo hacer Dios, sino de qué es

conforme a razón y al orden y estilo de las cosas humanas. [Acosta, p. 45.]

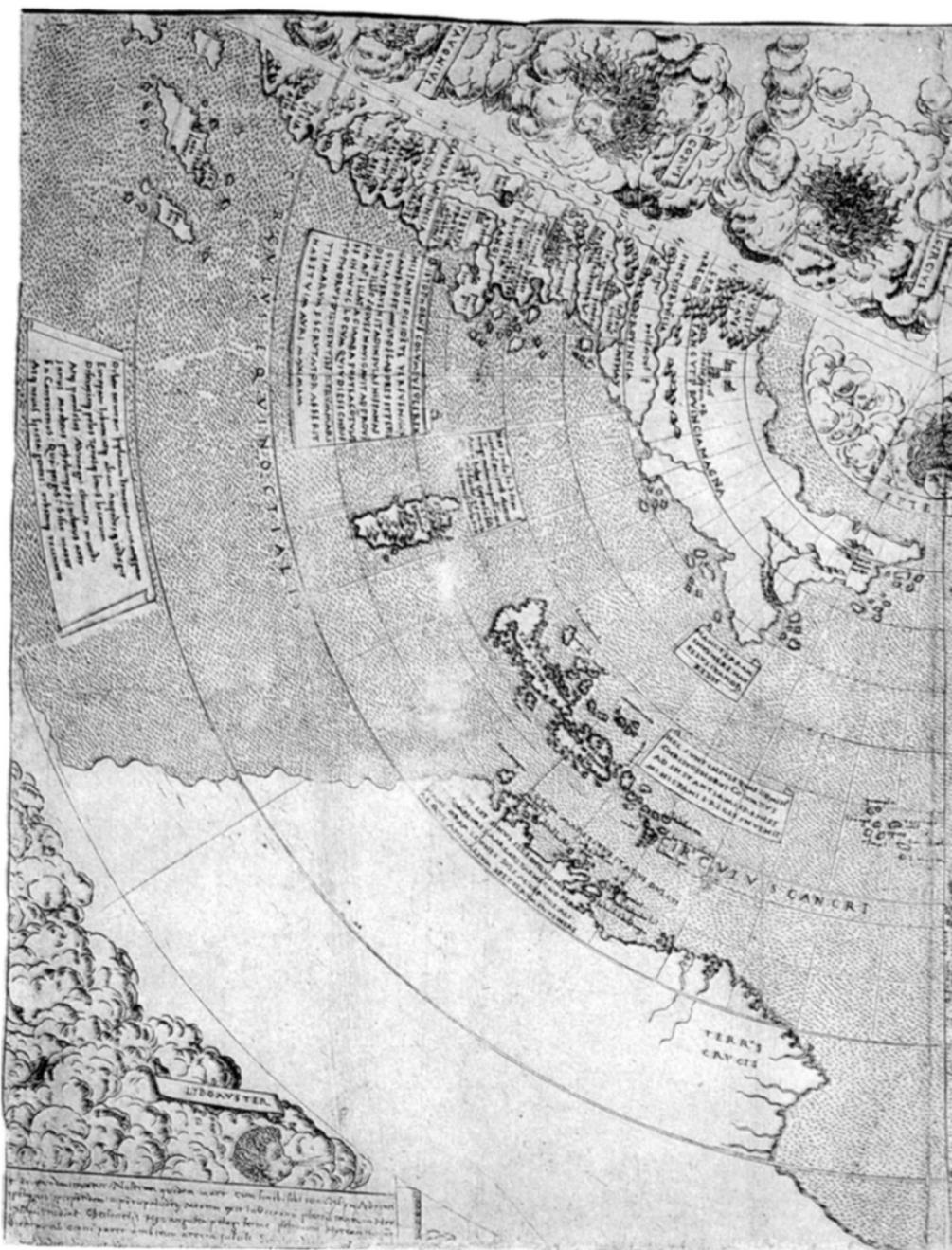
Mayor dificultad hace averiguar qué principio tuvieron diversos animales que se hallan en Indias y no se hallan en el mundo de acá. Porque si allá los produjo el Creador, no hay para qué recurrir al Arca de Noé; ni aún hubiera para qué salvar todas las especies de aves y animales, si habían de crearse después de nuevo; ni tampoco, si restaban nuevas especies de animales por formar, parece que en la creación de los seis días dejara Dios el mundo acabado perfecto. ¿Por ventura hizo Dios nueva formación de animales? [Acosta, p. 202.]

Glotón, curioso, siempre dispuesto a probar lo que no conocía, viajero incansable, Gonzalo Fernández de Oviedo nació en Madrid. De joven, sirvió a diversos nobles en España e Italia, para regresar a su ciudad natal en 1502, cuando tenía 24 años. Allí volvió al servicio del rey Fernando el Católico; después fue notario, y secretario del Consejo de la Santa Inquisición. A las Indias viajó numerosas veces; la primera en 1514, en la expedición de Pedrarias Dávila, quien el año anterior había sido nombrado gobernador de Castilla de Oro [Panamá]. A partir de entonces se dedicó al Nuevo Mundo, y siguió viajando a España. Fue gobernador de Cartagena de Indias, inspector de las fundiciones de oro, notario “de minas e del crimen” y del “oficio del hierro de los esclavos e indios [marcarlos]” ... Murió en la fortaleza de Santo Domingo, de la cual era alcaide, en 1557. Ningún otro cronista de indias tiene la pasión de Fernández de Oviedo por los animales y las plantas, ni su escrúpulo para no hablar sino de lo que le consta.



Comen asimismo una especie de sierpes [serpientes] que a la vista son muy fieras y espantables, pero no hacen mal, ni está averiguado si son animal o pescado, porque andan en el agua y en los árboles y por tierra, y tienen cuatro pies, y son mayores que conejos, y tienen la cola como lagarto, y la piel toda pintada, y por el espinazo unas espinas levantadas, y agudos dientes y colmillos, y una papada muy larga y ancha, que les cuelga de la barba al pecho. Y es callada, que ni gime ni grita, y se está atada donde quiera que la aten, sin hacer mal alguno ni ruido, diez y quince y veinte días, sin comer ni beber; y también le dan de comer algún poco de pan cazabe o de otra cosa semejante. Y es de cuatro pies, y tiene las manos largas y perfectos los dedos, y uñas como de ave, pero flacas y no de presa, y es muy mejor de comer que de ver, porque pocos hombres habrá que la osen comer si la ven viva, excepto aquéllos que ya están acostumbrados a pasar por ese temor. La carne de ella es tan buena o mejor que la del conejo. [Fernández de Oviedo, pp. 99-100.]

De los tiburones y de su increíble voracidad me maravillé con razón, cuando vi que a uno que habían tomado en el puerto le sacaron del buche un cuchillo grande carnicero y un anzuelo grande de hierro, y un pedazo grande de la cabeza de una vaca, con su cuerno entero. Yo vi por pasatiempo tener colgado de muy alto, en una poza que hace la mar, un cuarto de un caballo, y venir a él una cuadrilla de tiburones tras el olor. Y porque se gozase mejor la fiesta, no llegaba al agua la carne del rocín: levantada no sé cuántos palmos



Mapamundi de Giovanni Contarini, Venecia, 1506, con los descubrimientos ingleses, portugueses y españoles. A la izquierda, abajo, América aparece como un gran continente austral, una prolongación peninsular de Asia y un archipiélago intermedio.



ANTARCTICA

ARCTICA

EUROPA

AFRICA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

AFRICA

EUROPA

ASIA

AUSTRALIA

INDIA

CHINA

AMERICA

BRASILIA

INDIA

CHINA

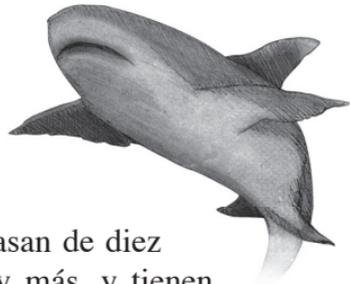
AMERICA

BRASILIA

[1 palmo = 20 cm], tenía en su derredor esta gentecilla que digo, que daban saltos, y de una arremetida en el aire cortaban carne y hueso con extraña presteza, como si fuera un pedazo de lechuga, que tales navajas tienen en aquella su dentadura. [Acosta, pp. 115-116.]

Cuando el tiburón ve las naos [naves], se va tras ellas, comiendo la basura que de la nao echan fuera, y por cargada de velas que vaya la nao, y por próspero tiempo que lleve, le va siempre el tiburón a la par, y le da muchas vueltas, y la sigue 150 leguas, y más. Y cuando lo quieren matar, echan de la nao un anzuelo de cadena tan grueso como el dedo pulgar, y tan largo como tres palmos, y al cabo del dicho anzuelo, cuatro o cinco eslabones de hierro gruesos, y del último atada una cuerda, gruesa como dos veces o tres el dicho anzuelo, y ponen en él una pieza de pescado o tocino o carne o parte de las entrañas de otro tiburón. Y el dicho tiburón, por mucho que la nao corra, la sigue y se traga el anzuelo, y con la fuerza de él mismo, y con la furia que va la nao, así como traga el cebo y se quiere desviar, luego el anzuelo se atraviesa y le sale por una quijada la punta. Son algunos de ellos tan grandes, que

doce y quince hombres, o más, son necesarios para alzarlos en el navío, y metidos en él, un marinero les da con un hacha en la cabeza grandes golpes, y los acaba de matar.



Son tan grandes que algunos pasan de diez y doce pies [1 pie = 30 cm], y más, y tienen muy gran boca, a proporción del cuerpo, y en ella dos filas de dientes, muy apretados y fieros. Y muerto, lo hacen lonjas [rebanadas] y las ponen a secar dos o tres o más días, colgadas por las cuerdas del navío al aire, y